

P. Santiago de la Fuente Carro, S. I. (Santa Eulalia de Tábara, Zamora 21/10/1933 - Salamanca 2/12/2017)

Después de la misa exequial, Francisco Blanco Ledesma, un antiguo feligrés del P. Santiago escribió: *«Yo era monaguillo cuando él empezó de párroco en la iglesia de El Milagro, en 1974, y recuerdo la revolución que causaron aquellas homilias dialogadas, bajándose del púlpito y caminando por el pasillo de la Iglesia. Él necesitaba estar cerca de la gente y escucharla. Cuando nos dijeron el año pasado que volvía a Salamanca pensamos que íbamos a disfrutar de él una temporada. Ha sido duro verlo consciente de sus limitaciones y ahora perderlo de una forma tan rápida»*

Estar cerca de la gente, fue la nota propia de su largo apostolado. En un texto leído después de la misa celebrada el día 14 en Gijón, una colaboradora suya aseguró que durante su tiempo de párroco en la iglesia de La Inmaculada (1987-98) visitó en sus casas, y no pocas veces, a todos los miembros de la parroquia enfermos o ancianos, sin contar las muchas visitas de cortesía y amistad que hacía frecuentemente a sus feligreses sanos.

En su homilía de la misa del 14 de diciembre, dijo el P. José Manuel Peco, superior de la comunidad de la Inmaculada y antiguo párroco de su iglesia, que era un gozo salir de paseo con él por las calles de Gijón. No había persona a quien no saludara y no se interesara por su situación y su familia. Los conocía a todos. Era un gozo; pero no un paseo. Quien esto escribe lo acompañó alguna vez, no a andar, porque apenas dimos un par de pasos. Se detenía con todos, y cuando no había nadie cercano entraba en los comercios a saludar al dueño, a los dependientes, a los clientes. Por Navidad salía a la calle a felicitar a todo el que encontraba, conocido o no. Algunos se sorprendían, pero les ganaba su sonrisa, y según viera la impresión que causaba, les daba la mano, les palmeaba los hombros o les abrazaba. Le gustaba la gente, como a Jesucristo, y a Jesucristo era a quien encontraba en ella. No un Cristo igual y monótono, sino diferenciado en los gestos y las historias de cada uno. Hacía lo mismo con los miembros de la comunidad; conmigo: eras Cristo y a la vez eras tu más tú. Tenía ese don. El Papa Francisco, le pondría un sobresaliente alto en la asignatura del olor.

Mientras estuvo en Gijón, 40 Años (Inmaculada, Natahoyo, Santa Olaya, San Esteban del Mar) Visitaba dos o tres veces por semana el sanatorio geriátrico de Nuestra Señora del Carmen, celebraba la eucaristía, y luego visitaba a todos los residentes uno, por uno, saludándoles por su nombre, charlando un rato. Decía que lo que más le gustaba era consolar. Nunca fallaba en sus visitas a los tanatorios para estar con las familias. La impresión que causaba era extraña: parecía no existir él, sino los otros.

No había modo de regalarle nada, lo entregaba a los pobres. Le reñían, porque además andaba hecho un desastre indumentario. Limpio, eso sí. Decía:

—Se lo he dado a uno que lo necesitaba más que yo.

No es muy adecuado hablar de *religión* tratándose de un plano de más intensa, y definitivamente verdadera relación con Dios, esto es, el cristianismo; pero las costumbres del lenguaje se imponen y no se le falsea a Santiago diciendo que era *religioso*: no mucho; sino sólo, absolutamente. Las otras cosas le rozaban como ajenas a él. Y esto desde niño. Me cuenta un compañero de Carrión que en unos de aquellos eficaces, pero un poco tenebrosos ejercicios de los años 40, el ejercitador, asustando a aquellos muchachos con el horror del pecado, usó la figura retórica siguiente: «*Si nos duele haber ofendido a Dios, deberíamos salir de esos bancos y poner de rodillas en el pasillo pidiéndole perdón con los brazos, en cruz, ante Jesús crucificado*». Santiago, con sus 15 años, lo hizo. El predicador quedó desconcertado y terminó la meditación de cualquier manera. He hablado con él, y me he confesado con él muchas veces. *Existía ante Dios* y no ante ninguna otra cosa; y nos transmitía a Dios (a quien nadie ha visto Jamás, pero cuyas costumbres conocemos porque el Hijo Unigénito nos las ha contado [Jn. 12,18]: Dios es como el pastor al que se le perdió una oveja, como el padre del hijo pródigo y de su hermano, al que salió también a buscar. Santiago imitaba las costumbres divinas.

Santiago tenía una inteligencia notable y muy buena formación. Hizo la licenciatura de teología en Lovaina, y los dos cursos de doctorado (el famoso «bienio») en Roma. Dada su exclusiva orientación pastoral no consideró necesario escribir la tesis. Todavía cursó un año de teología en Comillas, a título de formación permanente. Allí lo conocí, y aun lo tuve en clase. Le importaba que el trasfondo doctrinal de su apostolado activo expresara con fidelidad el testimonio de fe de la Iglesia. No pretendió enseñar; pero sus homilías traslucían por entre las rendijas de la exhortación y el ánimo principalmente morales el fundamento doctrinal del mensaje, o sea lo mismo.

Una de sus ilusiones fue construir la parroquia de Santa Olaya (Gijón) de la que fue nombrado párroco, pero sin edificio. Fueron incontables (y hasta aburridoras sus visitas al Ayuntamiento para solicitar, permisos y ayudas. Tenía la virtud de la insistencia). Empleo método del P. Basabe en la construcción de la iglesia de El Milagro: mendigar ladrillos.

—Un ladrillo para la parroquia; son 50 Euros.

No llegó a ver su iglesia construida. Se construyó años después. Una amiga (D.^a Teresa García) que fue a la inauguración le dijo al nuevo párroco, que uno de los ladrillos de las paredes era suyo. Sacó la libreta que le había dejado Santiago, y allí estaba anotada la cantidad.

En las homilias de sus dos funerales se destacó su caridad y su desprendimiento de sus propios intereses y comodidades. Acudía a cualquier hora, y pasaba largos ratos con los enfermos, sobre todo con los moribundos. No dedicaba tiempo para sí.

Dos años antes de su destino último a Salamanca empezó a dar señales de pérdida de su memoria (la había tenido privilegiada) y de inseguridades en su andar. Tuvo que acogerse a un bastón. A veces se distraía, y en la misa de comunidad golpeaba con él el suelo, consonando con los extraños ritmos que sonaban en su cabeza. Sus muchos y agradecidos amigos quisieron equiparlo para su traslado a Salamanca; pero no aceptó sino una pequeña imagen de bulto de la Virgen de Covadonga. Copio algunos fragmentos la homilía del P. Teodoro García Estalayo, en las exequias celebradas en Salamanca el 3 de diciembre; dice más que la nota que antecede:

«Al cumplir sus cincuenta años como jesuita, en la homilía de la celebración, Santiago, señaló entre sus ideales apostólicos uno que creo lo vivió en profundidad, y que muchos de vosotros que le conocisteis considero que también suscribiréis: “Estar con la gente, mis hermanos”. Esta misión, estar con la gente, la realizó Santiago con maestría a lo largo de su vida como párroco, administrador o vicario parroquial, en Salamanca o en Gijón; allí por donde pasaba.

El “Señor es mi pastor” hemos escuchado y repetido en el salmo. Santiago fue “Pastor” que conocía bien a sus ovejas, y ellas le reconocían también a él como “buen pastor”. Santiago ejerció de auténtico pastor en el Milagro, en la Inmaculada, en San Esteban del Mar o en Santa Olaya. No era persona que pudiera estarse quieta, necesitaba moverse... “ir de aquí para allá”... un enfermo en su casa, otro en el hospital, después celebrar la eucaristía con ancianos en una o varias residencias, atender a los difuntos y consolar a las familias en los momentos tristes... ¡Quería atender a todos cuantos pudiera! El barrio, ir de puerta en puerta, o de hospital en hospital, fueron sus lugares comunes de apostolado. Los vecinos lo conocían, le saludaban, le apreciaban... incluso se ofrecía a acompañar a enfermos en vigiliás nocturnas si era necesario.

Decía de él Joaquín Barrero (2002) –provincial-, en el quincuagésimo aniversario de Santiago como jesuita: “entregado en cuerpo y alma a su trabajo, disponible e incansable a la hora de seguir en la brecha... ahí está tu profundo sentido de Iglesia... tu preocupación por construir pueblo de Dios... cuando pateas las calles y saludas, das ánimos, te interesas por... cuando visitas al hermano enfermo o anciano, cuando te haces cercano con el hermano débil y sencillo, cuando te brotan connaturales gestos de servicio”.

Al despedirse Santiago de Gijón, tras tres décadas de presencia en la ciudad, un periódico de la villa le hizo una entrevista. El periodista le definió como: “Hombre de pocas palabras, muchos hechos y ajeno a los halagos... durante muchos años le han visto desvivirse por los demás”. Le preguntaban cuál era el balance de su estancia en la ciudad y él respondía:

“He celebrado muchas decenas de ceremonias de bautizos, decenas de bodas, y cientos de funerales celebrando la fe de la vida ante la muerte... La gente se desanima cuando alguien se muere y cree que se acabó todo, pues no señor, hay que celebrar los misterios de la fe y de la confianza en Dios”.

Y doy fe, porque fui testigo de ello en muchos momentos, que intentaba a todas luces transmitir su fe. Fe esperanzada en la resurrección. Fe confiada y arraigada en fuertes convicciones. Fe que transmitía consuelo a los familiares en los trances dolorosos.

En esa misma entrevista Santiago afirmaba que *“el mundo mejora con pequeños detalles, y que el contacto con los buenos te hace bueno”.*

Carmen Bernardo, colaboradora en la parroquia de la Inmaculada (Gijón), cuenta que un 25 de julio, día en que Santiago celebraba su santo, un grupo de personas afines le compraron una preciosa chaqueta. Al domingo siguiente, cuando ella llegó a misa, se encontró en la puerta de la iglesia a un mendigo habitual en la entrada, y al saludarle le dice: *“Que guapo estás con esa chaqueta”.* *“Me la regaló el padre Santiago”*, fue la

respuesta. Preguntado Santiago a continuación, respondió con su sencillez habitual: “*se la di, porque él la necesitaba más que yo*”. Este era Santiago, desprendido y cercano a todos. “*Si le decían que algún vecino estaba en el hospital, acudía a visitarlo, a otros muchos los visitaba en su domicilio. En el tanatorio consolaba*”. Razón por la que en muchas casas se le consideraba uno más de la familia.

A buen seguro que -a estas alturas-, el Señor ya le ha dicho: “*Santiago, pasa al banquete de tu Señor... porque estuve enfermo y me visitaste, tuve hambre y me diste de comer*”. Santiago vivió siendo hombre bueno y sencillo, siendo amigo de todos.»

En la comida de despedida de Gijón, camino de Salamanca se le ofreció un pequeño homenaje según el modo viejo de la Compañía. Transcribo una parte de él.



SONETO CON ESTRAMBOTE
AL PADRE SANTIAGO DE LA FUENTE CARRO
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS,
EN LA OCASIÓN
DE SU DESTINO A SALAMANCA,
DONDE YA ESTUVO.
EL CUAL, LO MISMO QUE EN GIJÓN,
POR NAVIDAD, SALÍA A LA CALLE
A FELICITAR LAS PASCUAS A TODO EL QUE ENCONTRABA.

NÓTALE SU ANDAR COMO DE MARINO RECIEN DESEMBARCADO,
QUE CONSERVA EN LA PIERNAS EL VAIVÉN DEL MAR.

EL TOC-TOC DE SU BASTÓN, COMO DE PATA DE PALO,
QUE NO SE CALLA NI SIQUIERA EN LA CAPILLA,
LE DA UN AIRE COMO DE PIRATA DULCE.

ACÁBASE CON LA CONTEMPLACIÓN DEL REY TEMPORAL.

Cauteloso el andar, bamboleante,
de marino recién varado en tierra
-de babor a estribor, de valle a sierra-
tac, tac: con tu bastón hacia adelante.

Demorado el mirar; por tu semblante
una nube de paz pesada yerra;
y dentro, el corazón, que a nadie cierra
su hogar atopadizo y abundante.

Llega la Navidad; vas por la calle
ofreciendo albricias a la gente.

sin mirar el color, el gesto, el talle....

¿A todos? ¡Sí, Señor: sea a quien sea!
Por Salamanca irás sencillamente...
Y seréis tú y Jesús por Galilea

A la luz del sol ciego salmantino
Partes desde las nubladas asturianas,
Fiel a nuestra vocación *descurridera*...

Y dijo el Rey: «Igual nuestro destino;
iguales nuestras noches y mañanas,
igual dormir sobre la misma estera.

Comerá el mismo pan,
beberá el mismo vino
l que conmigo caminar quisiera»

Y echaste al andar. Y el rey era el camino.
El rey y tú un caminante era

Antonio Pérez, S.J.
Gijón, 15.12.2017